

En el marco del programa Escritores en las Bibliotecas el escritor y periodista Alonso Sánchez, ganador del Premio Nacional de Novela de Bogotá (2002) por su novela *"Al diablo la maldita primavera"*, visitó la Biblioteca Pública Móvil (BPM) de Conejo, en Fonseca, Guajira, con el objetivo de compartir alrededor de la literatura y los libros con los usuarios y la comunidad que conformaban estas bibliotecas de la Paz que fueron instaladas en las zonas veredales donde se reincorporaron a la vida civil los excombatientes de las FARC. Estas visitas motivaron el interés por la lectura de los libros del escritor y otros autores colombianos, y generaron un espacio de diálogo sobre la paz, la ruralidad, la reconciliación y el posconflicto para contribuir por medio de la lectura y la literatura en el proceso de reconciliación que vive el país.

En su visita a la BPM, el escritor participó en dos encuentros: el primero fue un conversatorio con integrantes de la comunidad sobre los libros en la construcción de paz donde compartió con la agrupación "Dinastía Vallenata"; el segundo fue en el Punto Transitorio de Normalización de Pondoques donde conversó con los excombatientes de la guerrilla sobre el proceso de paz, literatura, cine y sobre su futuro, al reincorporarse a la vida civil.

Como resultado de esta experiencia, Alfredo Molano escribió la siguiente crónica:

¿A DÓNDE VAMOS AHORA?

Por ALONSO SÁNCHEZ

Hay un pueblo árido y sin nombre en algún lugar de Líbano al que en algún momento de este siglo finalmente llegó la televisión. Y con el progreso llegó el odio. La historia de lo que sigue está contada en una película que en 2011 ganó el premio Francois Chalais que resalta los valores humanos y solidarios en Cannes. Y lo que sigue es una historia dramática contada en clave de música y humor. Es un pueblo dividido radicalmente entre católicos y musulmanes al punto de que hay un cementerio para unos y otros al que solo acuden las madres a llevar flores a sus hijos muertos en la guerra. Estas mujeres tienen ahora una inquebrantable determinación de proteger a sus familias. Ninguna está dispuesta a seguir enterrando a sus hombres y se ingenian formas

de evitarlo. Solo hay un problema: los hombres de este pueblo son tremendamente machistas y dueños de un cosquilleo en los dedos y cualquier excusa es válida para apretar el gatillo. Matar es más fácil que razonar: siempre buscan el más mínimo y baladí motivo para la venganza.

El cura y el imán justifican la sangría. “Hay un muerto y todo muerto hay que vengarlo”, afirma el cura que dicen las Sagradas Escrituras, las cuales hay que cumplir. Con ingenio y audacia las mujeres han logrado cierta paz entre sus hombres (una de ellas les oculta a todos que otro de sus hijos ha caído por cuenta de una bala perdida y hay ese dolor terrible y doble de una madre que no puede desahogar su dolor porque sabe que esa “debilidad” podría causar la muerte de su otro hijo). Pero llega la televisión y con ella los noticieros que dan cuenta del odio que cada una de estas religiones viene sembrado en los pueblos vecinos. Es entonces cuando este pueblo se convierte en una bomba de tiempo. Como Colombia, que entre más aviva el odio más placer siente.

2.

A La Guajira, otra tierra igual de árida y salvaje, de inclemente sol y de cardones, la habitan historias así: de duelo y dolor. Duelo como el del Tite Socarrás (un hombre celebrado por Escalona), herido de muerte por su suegro y rematado por sus cuñados. Su nieto, Gregorio Puello, cuenta: “Desde que nació era supremamente problemático. Le gustaban los conflictos y llegó incluso a comprar peleas”. Según la mitología vallenata a ‘Tite’ lo carbonearon en contra de sus cuñados y su suegro, Bolívar Olivella, quien ya estaba molesto con él por haberle seducido a su hija, estalló en fulmínate ira. Como en aquel verso de Les Luthiers: “Mi honor están en juego y de aquí no me muevo”: ¡me lleva él o me lo llevo yo! Se mataron mutuamente porque Colombia es así: matarse es como un juego de niños.

Hace veinte años en Conejo sucedió algo similar. Zutano dijo de Fulano y Perencejo se vengó. Hoy nadie sabe exactamente cuál fue el chisme que acabó con la vida de Hugues García, un patriarca del pueblo que vivía en plena plaza principal. Lo asesinaron a la entrada de su finca Santa Rosa (justo el lugar por donde se ingresa al campamento de las Farc). Luego hicieron lo mismo con uno de sus hijos. Tiempo después fueron asesinados dos hijos de la familia acusada del crimen: los Ariño, que vivían al otro lado de la plaza. El resto del pueblo tomó partido por uno u otro bando, porque a los colombianos nos encanta heredar odios ajenos. De aquel tiempo un compositor local escribió: “Una vez siendo pequeño/vi niños sufriendo algo que no olvidarán/la violencia marcó con sangre ese día/acabó con la alegría/ bse llevó del poeta su poesía/del canto su melodía/y por eso triste me ven”. En adelante la historia se convirtió en un

capítulo de la novela de los Cárdenas y los Valdeblanquez, aquellas dos familias guajiras ficcionadas luego por Laura Restrepo en *Leopardo al sol*, que por seguir la enseñanza bíblica del ojo por el ojo y el diente por el diente se exterminaron a sí mismas. Solo que aquí una de las dos familias se fue a vivir a otro pueblo. No huyó como cobarde: sobrevivir es un asunto de valientes. Lo fácil hubiera sido la venganza, seguir matándose por el honor de la sangre hasta perder todo rastro sobre la tierra. Solo uno prefirió el camino del crimen: el tan temido Marquitos Figueroa García. Negociando se solucionó la guerra. Con Figueroa en la cárcel las dos familias aplacaron el odio y los García volvieron al pueblo luego de firmar una fiducia con los Ariño: si un miembro de alguna de esas familias es asesinado, la otra debe pagar un monto altísimo. Los García volvieron a sus casas, viven en paz con los Ariño, se saludan de beso, se preocupan por la salud de unos y otros, comparten los espacios y disfrutan mutuamente los aplausos en las fiestas.

Con mil novecientos once habitantes Conejo es el mayor corregimiento de Fonseca, el municipio al centro de La Guajira que hace siglos era el límite del Valle del cacique Upar. Es un pueblo agradable (salvo por el calor salvaje), bien bonito, ya no huele a plomo. Tiene dos puestos de salud, cinco tiendas, una iglesia, tres billares y tres galleras; sus calles están pavimentadas y en sus aceras crecen árboles de matarratón y maíz tostao podados en redondel. En su plaza principal decenas de niño juegan alegres en las noches. Llaman la atención sus pedestales vacíos: la virgen y el héroe fueron destruidos a martillazos por uno de los cinco loquitos del pueblo.

3.

El lunes 16 de marzo de 2016 el Gobierno Nacional recibió quince millones de dólares de la Fundación Bill & Melinda Gates que se implementaron “En el marco del Plan Nacional de Lectura y Escritura del Ministerio de Cultura “Leer en mi cuento” que busca fortalecer las 1.441 bibliotecas públicas del país y convertirlas en espacios que ofrecen servicios utilizando la tecnología de forma creativa mediante el fomento de la lectura y el desarrollo cultura y comunitario”. Dos millones de dólares fueron destinados para la adquisición de veinte Bibliotecas Móviles Nacionales (BMN) en asocio con la ONG francesa Bibliotecas sin fronteras para llevar los servicios bibliotecarios a zonas rurales y de difícil acceso. Cada una de estas BMN consta de cuatro módulos. El de Lectura cuenta con trescientos títulos para préstamo y consulta; el de Informática consta de 17 tabletas, 15 audífonos y 5 computadores; el Audiovisual guarda un televisor, un proyector, 3 cámaras de video y un tablero; en el Administrativo van un computador, 4 mesas, 16 sillas, una planta eléctrica

y un kit de limpieza. Todo junto pesa 750 kilos y se instala en 20 minutos. El Gobierno las usa para construir confianza y estimular el compromiso ciudadano y la democracia en los Puntos de Transición a la Normalidad (PTN) que alojan los campamentos de los desmovilizados de las Farc.

A la cabeza de este proyecto está Henry García. Él se encargó de revisar el perfil de todos los promotores de lectura del país y escoger a los veinte mejores, entre ellos a Gilberto Pabón, cucuteño, 28 años, 1. 86 de estatura, barriga prominente y sonrisa que nunca se borra; está casado y tiene un niño de tres años. No los ha vuelto a ver desde el... Ese día se mudó a Conejo sin imaginar que su trabajo partiría en dos la historia reciente del pueblo. Él también cambió las armas por los libros. Antes de ser promotor era policía. “En algún momento entendí que a través de lo social se puede impactar una comunidad inventando maneras de que la gente común le pierda el miedo a los libros y se apropie de la cultura”. ¿Cómo lo hace? Con baladas literarias, video camping, cine al aire libre, lunadas literarias, talleres de música, de pintura, de canto. “A cada comunidad hay que metérsele con lo que más le apasiona”, dice.

Su aterrizaje en Conejo fue complicado. Según cuentan en el pueblo el primer escollo fue el alcalde de Fonseca. “Decía que ese cargo debían darlo a alguien de su partido político y no a un cachaco” (cachaco aquí es cualquier persona nacida al sur de Curumaní, al centro del Cesar). Gilberto lo enfrentó en más de una ocasión hasta que el alcalde cedió. Pero esta historia es como la de Ulises en su camino a Ítaca y los líos no terminaron allí. Llegó un nuevo adversario: la rectora de un colegio infantil que meses antes había solicitado una biblioteca al Gobierno Nacional. “Creía que la BMN era para ella y no permitía que la sacara del lugar donde la guardaba”. La historia podría ser pasto de novela: dos entidades peleándose por una biblioteca en una región en la que no se lee. El final es lo mejor: Gilberto le expuso el problema a Deiver... vicepresidente de la Junta Comunal, y al comandante “Joaquín Gómez”, quienes se pusieron de su lado tras entender que si la rectora se quedaba con los módulos del gobierno solo los alumnos de ese colegio tendrían acceso a ellos. Las Farc cedieron por un mes una casa arrendada para el efecto. Al mes Gilberto debió mudar los módulos a su casa y, como dice, se convirtió en palettero: todas las mañanas trasladaba los 750 kilos a diferentes partes de Conejo. Hasta ese momento los conejeros miraban de lejos a Gilberto, pero el hecho de ver su empeño en arrastrar los módulos cada día y situarlos bajo una sombra los impactó positivamente. “No podíamos seguir haciéndonos los locos ante alguien que mostraba tanto interés por nosotros”, afirma la bibliotecaria...

Cuenta Deiver que “Una noche Gilberto convocó a una reunión para contarnos qué era eso de la biblioteca y para qué podría servirnos. Nos vendió la idea, la comunidad se apropió de ella y cada uno puso un granito de arena”. ¿Cómo logró un cachaco que pegara un proyecto tan ajeno a la cultura local? “La estrategia que me inventé fueron las piquerías vallenatas. Todas las tardes nos reuníamos desde las seis de la tarde con ese pretexto y entre canto y canto hacíamos lunadas literarias o cine al viento” (lo de las piquerías es porque esta es una región de decimeros y de grandes compositores del vallenato, entre ellos el gran Leandro Díaz). A partir de esta iniciativa la comunidad se fue integrando. Todo fue un paso a la vez que concluyó el 31 de mayo. Un mes atrás los conejeros habían conseguido que el alcalde de Fonseca les donara un local de cincuenta y siete metros situado en una de la esquinas frente a la plaza principal. Cuando la comunidad se une se logran grandes cosas. Perifonearon pidiendo colaboración para el cemento, para los ladrillos, para la arena. Cada día cada quien daba según podía: cinco, diez, veinte mil pesos. “Las tres galleras nos apoyaron mucho. Cada una destinaba de sus ganancias el 10% para la biblioteca, así como los billares El gran John, donde hicimos un torneo en el que participaron doce personas. El que ganó, un señor de Fonseca, donó espontáneamente los quinientos mil pesos del premio. Después hicimos un bingo en la refresquería”.

Hicieron cuatro ollas comunitarias, vendiendo a dos mil quinientos pesos el plato de comida. “Era el plan dominguero y casi todo el pueblo venía a comprarnos”. Prepararon dos mil bollos de mazorca y dos mil pasteles de cerdo que igual vendieron en el campamento de Pondoires como en Valledupar. En esa lucha se consolidó el grupo Amigos de la Biblioteca, llamados en broma Los doce apóstoles por el número que suman excluidos Gilberto y cuatro de los cinco locos del pueblo -Coqueto, Joel, Acevedo y Pepe- que ayudan todos los días a barrer la calle, a trapear el local, a limpiar las mesas, a encargarse de la logística (son los que traen y llevan la silletería cuando hay cine o hacen teatro). Nadie les paga por eso, pero ellos son felices porque se sienten útiles, aceptados, incluidos (ah, la inclusión. ¡Cuánta falta hace eso en este país!). En total se recogieron noventa millones de pesos con los que compraron diez pacas de cemento, mil ladrillos, diez pacas de estuco, pintura, mucha pintura. Todos los días trabajaban hombro a hombro hasta las once o doce de la noche, a veces hasta la madrugada. Un artista local hizo en las paredes unos dibujos hermosos y hasta el poste de la luz lo convirtió en lápiz. “A las cinco de la mañana volvíamos a trabajar, a las seis una señora nos traía desayuno de regalo, a las doce pasaba otra señora a convidarnos de su almuerzo”. Todos aportaban con lo que podían. Los que no tenían plata, a veces llegaban con refrigerio, con agua,

con limonada. Esto también habla de la hospitalidad de la región. “Una noche llovió y se perifoneó buscando una carpa y en nada llegó gente con plásticos para taparlo todo”. Un cachaco, doce apóstoles y cuatro loquitos construyeron en veintiún días una de las más bellas bibliotecas de Colombia. Hoy, hacia la calle, hay una pared que hace las veces de pantalla de cine, de cortina de teatro, de escenario de piquerías. Los viernes se reúnen allí entre doscientas a trescientas personas. “En el país no se hizo pedagogía del conflicto pero acá se ha hecho una pedagogía cultural bárbara”, dirá al día siguiente “Joaquín Gómez”.

“El éxito fue la humildad”, enfatiza Gilberto. Recién llegó a Conejo ayudó durante ocho días seguidos a limpiar el acueducto. Decían “Este cachaco viene aquí a qué”. Él no tenía nada que ver con ellos pero a la par se puso la camiseta. Esto también habla bien de la comunidad, de la sensibilidad en medio del conflicto. “En la desconfianza creímos en él, en la biblioteca y en la posibilidad de sacar juntos un proyecto adelante”, dice Deiver. Otro músico local compuso otro vallenato, “Un aplauso pido a Gilberto Pabón/ese profesor que vino de lejos/con orgullo Conejo lo recibió/y hoy es como si fuera hijo de este pueblo/el Ministerio de Cultura se sobró/trayendo este gran proyecto a nuestra tierra/una biblioteca móvil nos mandó/y hoy es orgullo de mi Colombia entera”

4.

Todo estaba planeado para tener un conversatorio con Jaime, con alias “Jaime”, pero justo esa mañana de jueves a Jaime entró a cirugía para sacarle unas carnosidades que le crecían en ambos ojos. Así que allí estaba yo, de pie y solo, frente a sesenta y tres desmovilizados que me miraban con desconfianza porque apenas cinco minutos antes les dijeron que debían oírme sin decirles siquiera mi nombre, ni porqué estaba allí.

La idea era hablar con Jaime sobre literatura y la manera como la cultura puede ayudarnos a unirnos como país. Leí un texto un texto que había escrito para estudiantes de noveno grado en Cartagena. Al terminar me dijo al oído que así como allí había profesionales con especializaciones que sabían cuatro idiomas, la mayoría había cursado hasta tercero de primaria. Hablé más coloquial entonces. Fue inútil: me miraban con rudeza, algunos bostezaban. Finalmente encontré eco en dos de los tres comandantes de compañía. Sahamir de Esparta tenía la mirada vivaz de las ardillas, escribía poesía y conocía la obra de Gabo, de Sábato, de Benedetti, de Galeano. Una mujer, “Elisa” perdió la timidez. “Lo que pasa es que en Colombia los escritores viven como en otro mundo y no les interesa contar la verdad del hambre y la miseria y la lucha y la mezquindad...”. La saqué del error hablándole de tantos escritores que han

dedicado sus libros al conflicto y lo social. Otra más se animó: había leído La madre, de Gorki, Crimen y castigo, La peste. Una que estaba sentada en primera fila contó que con frecuencia pasan cine en el campamento y listó unos quince títulos, la mayoría rusos. Uno, dos, tres hombres contaron sus lecturas sobre política y economía y hablaron de Marx y citaron de memoria El capital. Mientras los oigo pienso en cómo sanarán esa mirada ellos mismos ahora que regresen a la “normalidad”. Durante años debieron enfrentar adversidades y construir habilidades mentales propias de la selva. ¿Cómo se desnudarán de la corteza y dejarán atrás la dureza que les enseñó a vivir en el monte como a ese personaje literario, Tarzán, que desde niño debió adquirir habilidades físicas para sobrevivir en medio de las bestias? Luego uno de ellos me dirá que hay desconfianza entre ellos porque hay incertidumbre; que hay desconfianza porque ninguno ve su futuro asegurado; porque no saben lo que pasará en esta otra selva, la urbana, la de cemento.

Para ellos también lo que viene será duro.

A las 11.30 en punto la charla termina: a esa hora en punto sirven el almuerzo. Alguien dijo entonces que todos los días se levantan a las 3:30 am, que de 4:00 a 6:00 am reciben clases (en este PTN hay 251 desmovilizados y, según Gilberto, los libros que más sacan de la BMN son de derecho penal y administrativo y de economía). Luego de desayunar se va cada uno a sus tareas. Hacia las 3:00 de la tarde se bañan todos a la vista de todos. A las 5:00 es el refrigerio (ese día fue agua de panela con queso). Luego una gran cantidad de ellos se dedica a lo que más le gusta: jugar ajedrez. El campeón de esto aquí, dice, es Sahamir de Esparta.

Gilberto se me acercó. Joaquín Gómez quiere saludarte. Choqué la mano con la del comandante y hablamos unos quince minutos de Saramago, del Evangelio según Jesucristo, de que Portugal no hace suficiente honor a su legado. Me invitó a almorzar lo mismo que la tropa: arroz blanco con huevo perico. De postre, la tercera parte de un banano. De tomar, jugo de sobre. Mientras tanto hablábamos. “Para nosotros era menos peligroso cuando estábamos en el monte. No solo estamos concentrados donde todo el mundo sabe, sino también completamente desarmados. Como un morrocoyo sin caparazón. No podemos convertirnos en escoltas unos de otros. Hay temor ciudadano de lo que pueda suceder con la guerrilla en la calle, pero en realidad somos nosotros los que estamos expuestos. A partir del 1ro. de agosto estaremos aún más expuestos. Si nos encuentran con un arma en la mano vamos de inmediato a la cárcel. Estamos completamente indefensos. Si no hay perdón y

reconciliación vamos de cabeza al paredón”. Es cierto: guste o no, las Farc se han entregado a la paz por completo. El gobierno, en tanto, sigue incumpliendo.

Las viviendas, por ejemplo, están listas pero no sirven. Hay cincuenta y cinco casas en las que no fui capaz de permanecer un minuto entero: son un horno crematorio. Parece como si el sol estallara dentro de cada una de ellas. Están hechas en lámina superboard de 5 mm de espesor. El techo en eternit teckolik es un plástico supuestamente termorepelente, pero más parece que absorbe el calor. Están sostenidos en parales de lámina galvanizada a una altura de tres metros. Casa “casa” de 12x8 consta de cuatro habitaciones para cuatro personas. Las llaman “casa” pero no tienen baño ni cocina ni sala. Son habitaciones en realidad, cuatro por casa. Cada una de 6x4. El piso de cemento es rustico, no liso. Solo diez centímetros de ventana se pueden abrir. En los otros cuarenta el vidrio es inmóvil. Son casas modelo para todo el país, sin importar si el calor bravo o frío inclemente. Constan de un ventilador, una cama de 90x1.90, un colchón y un locker de un metro de altura y 80 cms. de fondo. Los baños están aparte: son once módulos cada uno con cuatro lavamanos, cuatro sanitarios, cuatro duchas y cuatro lavaderos.

Los desmovilizados siguen durmiendo en cambuches en el monte, apenas a unos pasos de estas casas. Hay aquí tres compañías y tres ranchos y por todos ellos caminé y hablé con quien quise. Uno me contó, por ejemplo: “Mi nombre es Guillermo León Molina. Siempre me he creído afortunado porque cuento con dos nombres, uno que me pusieron en 1964 en la pila bautismal y otro que me puse a principios del 80, por eso también tengo dos cumpleaños. El segundo más importante que el primero y el grave problema es que ahora no quiero reconocer el primero y nos han entregado una cédula con ese nombre que ya no me dice nada. Uno cambia el nombre de guerra pero con eso también deja atrás lo que uno fue porque uno poco a poco se va volviendo otro cuando está en el monte. Yo soy vallecaucano de nacimiento, de formación paisa y barriga costeña”.

Otro me cuenta la relación casi **simbiótica** con los animales. Lo dice porque me llaman la atención la cantidad de mascotas. No solo perros y gatos. La jefe de escoltas de Joaquín Gómez, por ejemplo, carga siempre un perico en el hombro que duerme de noche en una caja de cartón junto a su cama. Y otro, un muchacho de treinta y pocos, carga entre brazos un pato, un pato que otras veces camina unos cuantos pasos detrás de su “amo”. “Lo tengo desde hace ocho años. Una vez pasamos hambre como una semana, mis compañeros quisieron matarlo y tuve que enfrentarlos”. Hace poco murió una dálmata luego de que su dueño demorara en una misión más de la cuenta. Estaba embarazada y la pena moral le adelantó el parto. Los cachorros están vivos pero uno me

cuenta que el dueño casi muere al saber la noticia. Estaba relación tan cercana con los animales no es gratuita. Habla de soledad, de necesidad de afecto, de tener en quien confiar. Alfonso Cano, por ejemplo, murió precisamente cuando un operativo militar siguió los ladridos de su perro.

Hay otras historias. Elkin Sepulveda Saavedra es de Aguachica, tiene 35 años y en 2008 perdió el brazo derecho por culpa de una mina. Quiere irse a vivir a Cartagena y desde ya está organizando una fundación para lisiados de guerra. La Fundación Camina le va a donar unas prótesis y el gobierno de Suecia otras más. Sueña con ser ingeniero de sistemas. Es alegre, dicharachero. Lleva veintiún años usando el alias de Ronald. “Mi mamá era guerrillera y de tanto visitarla me enamoré de las Farc”. Lo dice en pasado. Le pregunto si murió y contesta: “Es que ya no somos guerrilleros”. Me dice que yo he hablado con su mamá. Que se llama “Elisa”.

Al día siguiente me topo con “Elisa” de casualidad. Se llama Marina Ángel. Tiene 55 años. Estando en la guerrilla salió embarazada. El hombre la abandonó y ella tuvo que entregar la niña a unos amigos de las farc porque su familia no la quiso recibir por haberse ido a la guerra. Visitó a su hija hasta los seis años y no pudo volver a verla por el operativo en el que murió Martín Caballero. Desde que viven en este campamento la muchacha los visita cada vez que puede. Elkin quiere que se vaya a Cuba con una de las becas de medicina. “Elisa” tiene un problema lumbar por cargar tantos años con las sesenta libras que pesa en equipo de cada uno de ellos. Joaquín Gómez me contó que son muchos los que sufren de este mal. Y de muchos otros más. “Alberto”, por ejemplo, un setentón que no hace más que leer, tiene Parkinson y alzhéimer a la vez. Veo a muchos otros de la tercera edad y especulo que otra de las razones por las que las Farc se entregaron fue porque la guerrilla se envejeció. ¿Qué harán ahora quienes por más de veinte años solo aprendieron a hacer esto?

Sahamir de Esparto me cuenta que lo que más le ha llamado la atención de la BMN son los kindle. Le intriga saber que algo tan pequeño puede archivar tantos libros. “Cuando la vi por primera vez casi me voy de espaldas. Descubrirlo ha sido lo máximo. Nunca imaginé algo así. A nosotros la tecnología nos quedó muy lejos. Ni siquiera sé cómo se prende un celular. Hay que decir que la zona está completamente incomunicada. La señal de teléfono más cercana se agarra en el límite de Fonseca, es decir, veinte minutos atrás. Están aquí completamente aislados.

De pura casualidad ese día también conozco a Jaime. Lleva cachucha y gafas de sol por la operación. Barranquillero, 26 años, estudió en el colegio Americano, se crio en El Prado, a los 14 años se unió a las milicias bolivarianas, se graduó de abogado y luego de filósofo. “Me puse Jaime en homenaje a Bateman”. Se le parece en cuanto su charla es amena, divertida, caribeña. También es alto y flaco. Fue con quien más hablé. Dijo cosas como: “No hay que complejizar la política. Hay que buscar la manera de solucionar las necesidades más sentidas de la gente. Eso es lo que urge. No se busca que avance el comunismo sino tan solo garantizar el Estado Social de Derecho. Es en lo que estamos comprometidos; que entiendan que la salida es una salida social negociada. Hay una pelea con el gobierno y estamos renegociando hacia los intereses de las clases que no están a favor del proceso de paz. Se espera que esto suceda durante el gobierno de transición, en la gran convergencia nacional. Solo se pide que se cumpla lo pactado, que liberen a los detenidos. Son mil doscientos, entre los que hay ancianos, mujeres, mujeres gestantes”. Habla también de la necesidad de planes de desarrollo con enfoque territorial, “que tengan dialogo directo con las administraciones territoriales para poder desarrollar las fuerzas productivas del campo”. Suelta frases lapidarias como “Las farc son una potencia moral para el cambio”; “Hay que hacer una colosal tarea de pedagogía de paz”; “Hay una profunda aceptación en la base rural”. Al final dice que quiere llenar de colores el campamento, me pide que lo ayude a contactar artistas, a hacer festivales de música, de literatura, de teatro, a llenar de cultura esta región. ¿Por qué no hacerlo, en lugar de tanto odio y tanta sed de venganza? Me cuentan que como él hay otros muchachos que tienen también un discurso progresista, moderno. Anastasio (el dueño de la dalmata), Martín Batalla, Malena, Virginia. Lo oigo y pienso que las Farc quieren sacar adelante el proyecto político sus cabecillas deben dar un paso al lado. Son nombres conocidos a los que el país les teme. ¿Son estos muchachos los soldados que vienen al interior del caballo de Troya de las Farc?

5.

El viernes en la tarde me reúno con unos cien conejeros frente a la BMN de su pueblo. Luego de escuchar los cantos de La dinastía, un conjunto vallenato que se ha organizado desde la biblioteca, cada uno me expone sus preocupaciones. Hablan claro, con buenas maneras y gestos educados. Argumentan y vuelven y preguntan. Les duele recordar que Conejo era un pueblo desconocido hasta que estalló aquel escándalo de Joaquín Gómez y los medios en Bogotá generalizaron y hablaron con ligereza sin siquiera darse cuenta que estigmatizaban a todo un pueblo que no tenía nada que ver con las Farc. Me hablaron de ese afán de que otros culpen y unos más se adueñen aún más de los odios. Es cierto: nos estamos

llevando al país por delante por la sed de venganza de unos pocos. Es irónico: desde el fin de la Segunda Guerra hace setenta años los países civilizados han sabido mantenerse al margen de guerras globales. Colombia, en tanto, quiere seguir padeciendo la miseria y el dolor que arrastra desde el inicio de la Violencia en 1946. ¿Puede llamarse civilizado un país que se enquistó en la violencia tan solo porque sí? Los conejeros hablaron de muchas más cosas, pero el espacio apremia.

6.

“Hay un muerto y todo muerto hay que vengarlo”. Recordé aquella cinta libanesa. Las mujeres inventándose manera para salvar a sus hijos, para evitarse ellas mismas más dolor y más tristeza. ¿A dónde vamos ahora? Se llama la película: es la pregunta que se hace el pueblo al terminar su guerra. ¿Por qué pasa aquí lo contrario? ¿Por qué hay gente que busca tanto anclar al país en la miseria y el dolor? Colombia tiene que avanzar. Hay los recursos, la gente, el talento, la geografía que ayuda. ¿Por qué negarle a Colombia una oportunidad? Las Farc no pueden seguir siendo el ombligo de este país. Hay que suturar en lugar de supurar; hay que ser solidario ante el dolor de lo que nos pasó, pero no podemos seguir arrojándonos con la sed de venganza de los otros. En especial porque se cuelan por allí muchos políticos sabiendo que al azuzar el odio solo ellos quienes ganan. Solo ellos, porque el resto del país pierde.